

## INSTRUCCION SEPTIMA.

SOBRE LA ORACION DOMINICAL.

## INSTRUCCION PRELIMINAR.

LOS APÓSTOLES PIDEN A JESUCRISTO QUE LES ENSENE A ORAR; BONDAD  
CON QUE EL SENOR ACOJE SU PETICIÓN.

TEXTO. — *Domine, doce nos orare...* Señor, enséñanos á orar.

(SAN LUCAS, CAP. IX, VERS. 1.)

EXORDIO. — Carísimos hermanos míos, prosigamos nuestras conferencias sobre la oración... Sí, las palabras de Jesucristo: *Todo lo que pedireis á mi Padre en mi nombre, os lo concederá*, son ciertas, son verdad... Con verdad habeis llamado vosotros, santos doctores de la Iglesia, á la oración llave que nos abre todos los tesoros celestiales... Muchos sin embargo podrían decir: « Yo heorado y no he sido atendido »... Tal vez sea verdad, mas esta ineficacia se puede explicar de dos maneras. Primeramente, como lo dije ya, porque Dios nos quiere conceder favores más grandes, más útiles para nuestra santificación y para su gloria, que las que le hemos pedido... Vosotros le conjurais á que os devuelva la salud; él quiere concederos la gracia de una resignación perfecta con vuestros sufrimientos; estad seguros de que os ha hecho un favor más deseable que el que vosotros solicitabais... Veo al grande san Francisco de Asís suspirando por el martirio. Ama tanto á Jesús crucificado, que desearía derramar su sangre y dar su vida en cambio de la sangre que Jesucristo derramó por él... Adelántase por los países infieles; predica el Evangelio delante del sultán de Babilonia con un celo que debe hacerle merecer la muerte. Nó, gran santo, este favor que solicitas no lo alcanzarás; regresa de aquel lejano viaje que emprendiste para obtener la palma del martirio: la Providencia divina te reserva para más grandes cosas... ¿ Qué he dicho? ¿ Para cosas más

grandes que el martirio? ; De modo que hay algo más meritorio que entregar su vida, su cabeza al hacha de los verdugos para afirmar su fé!... Sí, hermanos míos muy amados; resignarse humilde y piadosamente á los designios de la providencia de Dios sobre nosotros, es más meritorio todavía. Y san Francisco, edificando á sus religiosos y propagando la orden que había fundado, debía contribuir más á la gloria de Dios que si hubiese padecido el martirio (1).

Pero muchas veces nuestras oraciones no son atendidas por tener un defecto que es muy común. En nuestros libros sagrados se ha dicho: *Antes de orar*, preparad vuestra alma (2), es decir, hacedla agradable á Dios, halláos en estado de gracia... Ésta es una verdad evidente; Dios, que lo sabe todo, ve el fondo de nuestros corazones: si nos hallamos en estado de pecado mortal, somos enemigos suyos; ¿ cómo quereis que, conociéndonos como á tales enemigos, acoja nuestras peticiones y atienda nuestras súplicas?... No cabe duda de que su misericordia es grande, y que con frecuencia acoje la plegaria de los pobres pecadores y les concede una gracia de conversión (3); pero no olvidemos, amados hermanos míos, que una de las condiciones más importantes para que nuestras oraciones sean atendidas, es la de que se hagan en estado de gracia...

PROPOSICIÓN. — Mi intención, sin embargo, no es tanto la de insistir sobre este punto que sobre el origen de esta preciosa oración llamada la *Oración dominical*, oración que os explicaré en las instrucciones siguientes.

DIVISION. — *En primer lugar*, diré algunas palabras sobre la petición que los Apóstoles hacen á su Maestro, diciéndole: « Señor, enséñanos á orar » ; *en segundo lugar*, bondad con que Jesucristo contesta á sus Apóstoles.

*Primera parte.* — Hemos dicho ya, carísimos hermanos, que Jesucristo quería ser para nosotros un modelo en todas las circunstancias

(1) V. la vida de este gran santo.

(2) Cap. XVIII, vers. 23.

(3) En el Evangelio se leen estas palabras: *Deus peccatores non audit*; pero esta frase, que pronuncia el ciego de nacimiento, no es del Evangelio.

de la vida, y más especialmente aún en esas relaciones de adoración, respeto, sumisión y amor que hemos de tener con el Dios que nos ha creado y que nos conserva la vida. Vos, adorable Redentor, habeis orado en el desierto; habeis orado noches enteras en las montañas; habeis orado hasta en la cruz por vuestros verdugos y por nosotros todos, infelices pecadores; ¡gracias para siempre os sean dadas, Jesús, Salvador bendito de nuestras almas!...

Ahora bien, cierto día en que los Apóstoles, viéndole orar, habían admirado su fervor y su recojimiento, se aproximaron á él; y cuando hubo cesado de conversar con su Padre, uno de ellos, tal vez san Pedro, tal vez san Juan, no sé cual, le dirigió en nombre de todos esta petición: « Señor, enséñanos á orar, como el mismo Juan lo enseñaba á sus discípulos. » Es probable...; qué digo! es seguro que san Juan Bautista había enseñado á los discípulos que le seguían ciertas oraciones que tenían por principal objeto prepararles para la venida del Mesías. Los discípulos de nuestro divino Salvador, conociendo la superioridad de su Maestro, de quien san Juan Bautista no era más que el precursor, le dirigían pues esta petición: « Enseñanos á orar... » No os figureis, carísimos hermanos, que los Apóstoles, los discípulos de nuestro divino Salvador, no hubiesen hasta entonces recurrido á este gran medio de la oración; sus palabras querían únicamente decir: « Señor, enséñanos cómo se debe orar. »

Desde el origen del mundo, Adán, Abel y el mismo Caín habían orado; más tarde Abrahán, Moisés, David y todos los profetas y los santos personajes que el Antiguo Testamento presenta á nuestra veneración, habían dirigido á Dios súplicas y homenajes... El mismo impío Manasés, el asesino del profeta Isaías, había invocado al Señor desde el fondo de su prisión y había obtenido una gracia de conversión... Hay más, Antíoco, después de haber hecho perecer á los hermanos Macabeos en medio de atroces suplicios, también había orado; pero la Sagrada Escritura añade con energía que la oración de aquel malvado no debía ser atendida..

La oración, pues, es antigua como el mundo, antigua como las miserias del género humano, antigua como la necesidad que hemos tenido siempre, desde la caída de nuestro primer padre, de encomendarnos á

la divina misericordia... ¿Qué hay que pensar pues de esta petición dirigida por los Apóstoles á su divino Maestro: « Señor, enséñanos á orar »?... Busco, hermanos míos muy amados, como daros una explicación que nos sea útil y provechosa á todos... Si medito la respuesta que nuestro divino Salvador dió á la petición de sus Apóstoles, paréceme que su demanda significaba: « Maestro, enséñanos lo que debemos pedir en nuestras oraciones, como y en qué orden hemos de solicitar de su divina omnipotencia las gracias que necesitamos... » Y aquí, cristianos, reclamo toda vuestra atención; trátase de una cuestión muy importante, no sólo para el buen resultado de nuestras oraciones, sino también para la salvación de nuestras almas... Nosotros no conocemos el valor de las cosas, y en nuestras oraciones somos con frecuencia verdaderos niños... Presentad á vuestro hijito de tres años una moneda de oro y una golosina: ¿qué escogerá?... Ya me habeis contestado de antemano... Me vuelvo hácia vosotros y me pregunto si lo que antes que todo nos preocupa, á nosotros que somos cristianos, es realmente nuestra salvación; si lo que con más atención é insistencia pedimos en nuestras oraciones, no es ante todo la salud, los bienes de este mundo ó ciertos favores temporales... Más de una vez he visto á mujeres piadosas y hasta á jóvenes acudir á la sagrada comunión para conseguir salir bien en un exámen, la curación de una enfermedad del cuerpo ó el éxito de determinados negocios; pero cuando se trataba de alcanzar para un padre ó un abuelo la gracia de morir cristianamente, más de una vez he encontrado á estas mismas personas frías é indiferentes... ¡Ah! si me hubiese sido permitido expresarles todo mi pensamiento, les habría dicho: « Os elogio porque haceis lo bueno; pero os censuro porque descuidais lo mejor... » Esta salvación de un alma, la muerte cristiana de aquellos á quienes queremos, esto, esto es principalmente, hermanos míos muy amados, lo que debía preocuparnos antes que todo: *Domine, doce nos orare*; Señor, podemos decir con los Apóstoles, enseñadnos á orar.

Un rey de Francia, sobradamente calumniado por la historia, y que se llamaba Luís XI, había solicitado que se orase para alcanzar su curación. En aquellas oraciones, que eran públicas, se pedía para el monarca la salud del cuerpo y la salvación del alma... Se pretende que

él hizo esta observación : «No pidais tantas cosas á la vez : contentaos con pedir la salud del cuerpo, después ya vendrá lo demás... » Este mismo soberano, habiendo mandado llamar á san Francisco de Paula, misionero poderoso en obras y en palabras, y cuyas oraciones obtenían de Dios milagros, se echó á sus piés implorando su curación. — « Señor, le contestó el santo, Dios no está á mis órdenes; yo mismo no soy más que un pobre pecador : todo lo que puedo deciros es que os prepareis cristianamente... » ; Cuántos de nosotros, hermanos míos muy amados, se parecen á este príncipe!... Lo repito, pedimos con más fervor ciertas gracias temporales para nosotros y para los nuestros, que los favores espirituales que han de contribuir á la salvación de nuestras almas. Sí, en nuestras oraciones, olvidamos sobradamente esta importante recomendación de nuestro divino Salvador: *Pedid ante todo el reino de Dios...* Adorable Señor, completamente humillados os repetimos con vuestros Apóstoles : Señor, enseñándonos á orar : *Domine, doce nos orare....*

*Segunda parte.*— Veamos ahora con qué bondad contestó á sus Apóstoles nuestro divino Salvador. Esta preciosa plegaria que llamamos la *Oración dominical*, se encuentra con ligeras diferencias en el Evangelio de san Lucas y en el de san Mateo. Me parece que el Señor debió hacer como nuestras madres y repetir más de una vez á sus Apóstoles esta oración antes de que llegasen á retenerla. ¿Os acordáis, hermanos míos, de la paciencia, aún más, de la inefable ternura con que os enseñaron vuestras primeras oraciones?... Nos colocaban encima de sus rodillas, nos hacían repetir cada una de las palabras, y después, si habíamos sido bien buenos, si habíamos estado bien atentos, al ponernos por la noche en nuestra cama, depositaban en nuestra frente infantil un beso que era para nosotros una recompensa y una bendición á la vez; ¡Oh Jesús! Para vuestros apóstoles y para nosotros mismos vos fuisteis y sois mejor que la mejor de las madres... Yo me postro á vuestros piés cuando, en la montaña, dais aquellas sublimes enseñanzas que son, en cierto modo, el resumen de vuestro Evangelio... Vos habéis hablado del amor á los enemigos, de la limosna diciendo que debía hacerse en secreto y con mucha humildad... Me interrumpo aquí... una reflexión me acude; y por temor de que se me olvide, os la voy á decir ensegui-

da, y es, hermanos míos muy amados, que, léjos de enorgullecernos por lo que damos á los pobres, deberíamos por el contrario manifestarles nuestro agradecimiento y considerarles como bienhechores nuestros... Ayer disteis un pedazo de pan, ofrecisteis un albergue á un infeliz obrero que pasaba: quizás era un perezoso, un borracho; pero ¿qué importa?

Visteis en él un hermano de Jesucristo, y fuera lo que fuese, le acogisteis y le aliviasteis. Pues os lo digo de verdad, ese pobre es un bienhechor nuestro: él nos proporcionó la ocasión de aliviar nuestra alma y tal vez nos ha ahorrado largas horas de ese terrible encierro que allá abajo se sufre y que se llama, como sabéis, el Purgatorio. Haced pues limosna, decía nuestro divino Salvador; hacedla sin orgullo y sin ostentación, y el Padre que teneis en los cielos os devolverá centuplicado lo que habreis dado...

Después de hecha esta importante recomendación á sus discípulos fué, hermanos míos muy amados, cuando nuestro divino Salvador les enseñó esta hermosa oración: *Padre nuestro que estás en los cielos...* «Cuando oreis, les decía, hacedlo con humildad, en la simplicidad de vuestro corazón; no seáis como los paganos que recitan largas fórmulas y se figuran que cuantas más palabras tiene una oración, más valor tiene para ser atendida; nó, amigos míos, nó, el Dios que os ha creado conoce de antemano vuestras necesidades, quiere atenderos porque os ama. Mirad al padre que desea conceder un favor á su hijo; aguarda á que su hijo le exprese su deseo y su petición, dispuesto de antemano á concederle el objeto de sus anhelos... Así, cuando vosotros esteis para invocar á vuestro Padre celestial, no os enredeis en muchas palabras, y no digáis sinó: «Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre, hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo, danos hoy el pan nuestro de cada día, perdónanos nuestras deudas como perdonamos nosotros á nuestros deudores, y no nos dejes caer en la tentación, mas líbranos de mal»... Y como en esta oración se encuentra una petición que en cierto modo es más difícil que las otras, la del perdón que hemos de otorgar á los que nos han ofendido, á nuestros deudores, Jesucristo Nuestro Señor insistía especialmente sobre este punto: «Si perdonais, decía, á los demás las faltas que contra vosotros han cometido, vuestro Padre celestial os perdonará las ofensas de que seáis culpables

para con él; pero no habrá perdón para vosotros si os negais á perdonar...» Más tarde los Apóstoles, que sin duda no habían comprendido ni retenido enseguida aquella admirable oración, dirigían á su augusto Maestro la demanda de que hemos hablado, y en vez de contestarles: «Pero si ya os enseñé á orar,» les repetía, como lo repetís vosotros á vuestros hijos, lo que les había dicho ya: «Pedro, Juan, Jaime y vosotros todos, amigos míos, para hacer una oración que sea agradable á Dios, soberano Señor nuestro, direis así: *Padre nuestro, que estás en los cielos, etc....*»

Oración realmente admirable, cada una de cuyas palabras tiene un sentido profundo y que encierra la expresión de los sentimientos de que debemos estar poseídos cuando á Dios nos dirigimos. Tal debe ser cuando todos los santos han hecho el elogio de esta oración. «Es, decía san Cipriano desde los primeros siglos de la Iglesia, la más capaz de atraer sobre nosotros las gracias del Espíritu Santo, de hacer subir hácia el trono de Dios la oración que su Hijo nos enseñó; es hablarle como un amigo habla á su amigo, como habla un hijo á su padre...» «¡ Ah! exclama otro santo, ¡cuán dulce y ventajoso es para nosotros poseer esta oración que nos enseñó el Maestro celestial, el verdadero doctor de la vida!...» No acabaría nunca si os quisiera citar los elogios que de esta oración han hecho los doctores más ilustres (1). Y observad, hermanos míos muy amados, que hasta la Iglesia ha querido que ella formase parte de las oraciones del santo Sacrificio y que se recitase en uno de los momentos más solemnes de la Misa... Jesucristo está allí sobre el altar, inmolándose á su Padre para la salvación de los hombres cual se inmoló en el Calvario. Las trémulas manos del sacerdote acaban de depositarlo por segunda vez sobre el altar: oíd lo que va á decir: «Animados por los divinos principios, apoyados en la autoridad de tu divino Hijo, oh Dios omnipotente, osamos decir: *Padre nuestro, que estás en los cielos*. Fijaos en esta palabra, hermanos míos: osamos decir... Sí, ha sido necesario todo el amor, toda la misericordia, toda la bondad de nuestro Salvador Jesús para que tuviésemos la osadía de dirigirnos á Dios con tanta confianza y en semejantes tér-

(1) Bona, *De divina psalmodia*, c. xvi, § 1

minos: ¡ *Padre nuestro!*... Esta sola palabra me confunde y desconcierta; ¿ á quién llamamos Padre nuestro? ¿ Es á un gobernador? ¿ Es á un jefe del Estado? Nó, no es ni un rey, ni un potentado, ni un emperador; por muy poderoso que cualquiera de estos sea sobre la tierra, aquel á quien llamamos *Padre nuestro* les puede aplastar como viles insectos. Vendrá un día en que la muerte les abatirá, y en que serán pasto de los gusanos de las catacumbas... ¡ Ah, cristianos! más arriba, más lejos se dirigen nuestros homenajes cuando, siguiendo el encargo de Nuestro Señor Jesucristo, osamos decir: *Padre nuestro, que estás en los cielos...*

PERORACIÓN. — Más adelante, carísimos hermanos, en las instrucciones siguientes, volve remos á ocuparnos en este pensamiento. Voy á concluir citando un rasgo tomado de la vida de los santos, que os demostrará el aprecio que de esta oración hemos de hacer... Un ilustre obispo llamado Hugo, patrono de la iglesia de Grenoble, profesaba, según dice el historiador (2) que nos ha referido su vida, una tierna devoción á la Oración dominical; cada día la recitaba varias veces y siempre con nuevo fervor. Cuando estuvo próximo á morir, una noche en que se hallaba gravemente enfermo, el criado que le cuidaba le oyó repetir toda la noche esta preciosa oración; saboreaba lentamente cada una de sus palabras, cual saborea nuestra boca sedienta el refrigerante jugo de una deliciosa fruta. — « Padre, le dijo aquel adicto servidor, descansad un poco; esta repetición os ha de cansar. — Nó, contestó el santo obispo, el rezo de esta hermosa oración refresca mi alma, fortalece mi esperanza y me hace mucho bien ...»

Aquel ilustre pontífice tenía razón, hermanos míos, y si nosotros quisiéramos discurrir un poco sobre el sentido de las palabras de que esta magnífica oración se compone, de seguro que la rezaríamos con más atención y con más fervor. Deseo que la resolución de tener más cariño á la Oración dominical y de repetirla en lo sucesivo más despacio y con menos distracciones sea la conclusión práctica que saquemos todos de esta breve conferencia... Así sea.

(2) *Apud Surium.*